

La bomba: hace ya 50 años atrás

RAFAEL L. BARDAJI
Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

ESTE año de 1995 es un año cargado de conmemoraciones: el final de la segunda Guerra Mundial, la creación de las Naciones Unidas... Pero también es el aniversario de las primeras bombas atómicas, Fat Man y Little Boy. Con ellas, el mundo se adentraba en lo que muchos consideran una nueva era, la era del plutonio, en la que todavía vivimos. Una era caracterizada por el papel del átomo como organizador de las relaciones internacionales, causa de la estabilidad y una larga paz.

Las armas nucleares representaban una revolución científico-técnica, aportando el mayor sistema de destrucción hasta ahora conocido. Ahora bien, la novedad de las bombas atómicas no era su poder. Hiroshima podía haber sido igualmente borrada del mapa con bombardeos convencionales, como se hizo con Dresde en la Alemania de Hitler. Lo auténticamente novedoso es que ningún otro arma podía causar tamaña destrucción de manera tan instantánea.

Un segundo aspecto de esta revolución nuclear vendría dado, años más tarde, por la introducción de los misiles balísticos como portadores de cabezas nucleares. No sólo todo el globo quedaba unificado como un único gran teatro de operaciones, llegado el caso, sino, sobre todo, una vez lanzados y en ausencia de defensas antimisiles, la destrucción estaba asegurada en cuestión de minutos. Un tiempo de reacción tan breve que ninguna defensa civil resultaba creíble.

Pero sería la tercera característica, la auténticamente revolucionaria: con la expansión de los arsenales nucleares de los grandes se llegó a una situación de destrucción mutua asegurada. Ambos podían represaliar letalmente a su enemigo incluso después

de haber encajado un primer golpe. Pero para eso, los arsenales tenían que ser, por fuerza, numerosos y diversificados.

En fin, esta combinación de impotencia defensiva y vulnerabilidad mutua es lo que ha caracterizado, en el plano estratégico, esta nueva era del plutonio. Lo paradójico es que para resultar tan importante, esta revolución estratégica ha modificado en bien poco la estructura política del mundo.

SOBERANÍA NUCLEAR

Para empezar, lejos de alterar las unidades políticas, las armas nucleares han reforzado desde sus comienzos la soberanía nacional. Precisamente fueron sus creadores, los científicos, quienes vieron el enorme potencial de las armas atómicas, tan grande como para alterar la organización del mundo. Así, Niels Bohr, padre de la física nuclear, se lanzó, un año antes del test de Alamo Gordo, a una campaña para convencer a los líderes americanos y británicos de someter la energía atómica a una entidad supranacional que dejara a los estados sin control y sin recurso a las armas que de ella se derivaran.

Bohr recuerda su encuentro con Winston Churchill como un diálogo de sordos. Pero Bohr no estaba sólo en su cruzada. En pleno desarrollo de la bomba más potente de la Historia, la bomba de hidrógeno, Albert Einstein y Robert Oppenheimer también intentaron influir en el presidente americano para suspender la investigación y favorecer una prohibición de tales armas. Es más, las ideas de Bohr quedarían reflejadas en el Plan Baruch de 1946, una propuesta presentada en las Naciones Unidas para la creación de una "autoridad internacional para el

desarrollo de la energía atómica".

Ni a los americanos a quines Baruch representaba, ni a los soviéticos les entusiasmaba la idea que acabó quebrando tres años más tarde con motivo de la primera explosión atómica de la URSS. Y era lógico. La estructura del mundo era tal que cada nación debía buscar y encontrar en sí misma las garantías de su seguridad y supervivencia, habida cuenta de la división ideológica entre el Este y el Oeste y la parálisis fatal de la ONU. Ausente de una autoridad superior, cada nación, cada Estado, era responsable de sí mismo, ante sus ciudadanos y ante los demás. Y si las armas nucleares eran las mejores armas del momento, mejor que mejor. Se dotarían de ellas según sus necesidades.

La ciencia no venía sino a reforzar la política del nacionalismo, no a superarla. El Estado nación se convertiría en un Estado con más fuerza, el Estado nuclear. Y esa mayor fuerza reforzaba su soberanía. Tanto es esto así, que la cuestión nuclear se ha convertido en un símbolo de independencia (véase la vuelta a los ensayos nucleares franceses adoptada por Jacques Chirac a los pocos días de jurar como Presidente de la república) y en un obstáculo a fenómenos de integración política: ¿hasta qué punto podrá seguirse con la unión europea sin poner encima de la mesa la cuestión nuclear, sin poner en común los arsenales británicos y franceses, sin compartir la llave con los demás socios?

LA LARGA PAZ NUCLEAR

El mayor beneficio de la destrucción mutua asegurada y, por ende, de las armas nucleares, es haber garantizado la estabilidad entre los grandes y haber evitado así una confrontación

directa y apocalíptica. Miles de horas y cientos de libros dan prueba del esfuerzo de muchos teóricos por intentar demostrar algo indemostrable: que sin las armas nucleares el mundo habría ido mucho peor.

Ciertamente, es obvio que no ha habido ninguna conflagración nuclear ni guerra alguna entre los dos grandes y sus aliados. Y durante años ha sido un dogma de fe pensar que esta inusitada paz estaba causada por la disuasión nuclear. Hoy, sin embargo,

defensa de las Falklands/Malvinas. Como Bush tampoco se planteó el recurso nuclear durante la reconquista de Kuwait.

Es decir, la posesión nuclear no siempre o automáticamente puede traducirse en una ventaja militar. Al menos si el oponente es una potencia simplemente convencional.

Es más, hay otra segunda lección a sacar de estos hechos: la posesión nuclear ni siquiera garantiza la disuasión cuando el atacante no tiene ar-

mutua, lo que volvía una victoria nuclear en un imposible. En un imposible porque nadie puede concebir una victoria cuyos resultados sean una sociedad en ruinas y difícilmente recuperable. En suma, en un estado mucho peor que antes del ataque.

Así expresado, toda la lógica de la disuasión se resuelve en el miedo. Miedo al daño, miedo a la pérdida, miedo a la muerte, individual y colectiva. La disuasión está perdida en el más débil, en el más temeroso, en quien arriesga menos, en el más conservador.

Por eso ha funcionado tan bien entre los EEUU y la URSS. Porque ambos (incluidos sus aliados, especialmente los occidentales) preferían el status quo y el inmovilismo a cambio alguno. Para qué arriesgar la delicada estabilidad, aunque injusta para muchos pueblos.

En ese sentido podría decirse que el arma nuclear no ha vuelto más moderados ni ha acercado a los líderes antagónicos en sus posiciones. Simplemente tenían intereses convergentes o paralelos. Las armas nucleares, congelando el mundo a un coste relativamente bajo, alimentaban la bipolaridad, sin duda.

La cuestión ahora es saber si otros pueblos, alejados de nuestras tradiciones, se comportarían con igual moderación de llegar a tener el arma nuclear. Pensemos, ¿por qué el mundo celebró el desmantelamiento nuclear surafricano antes de la llegada al poder de Mandela? Porque no queríamos una "bomba negra". Como tampoco puede interesarnos una "bomba árabe" y mucho menos una "bomba islámica".

La única reacción que se ha sabido dar durante todos estos años a la amenaza nuclear ha consistido en la vulnerabilidad mutua, en la esperanza de que los valores últimos a defender fuesen comunes —rechazo del suicidio— y que los líderes actuaran guiados por una parecida racionalidad. La otra alternativa fue apuntada por el



una ola revisionista tiende a conceder un papel bastante menor o más dudoso a las armas nucleares como fundación de dicha estabilidad. La posibilidad, no obstante, de probar que sin armas nucleares tampoco habría pasado nada violento entre los EEUU y la URSS es tan remota, racionalmente, como la tesis opuesta.

Sin embargo, hay algunos datos interesantes para la reflexión. Para empezar, de nada ha servido la posesión de armas nucleares a las potencias atómicas si el atacante no las tenía. MacArthur no consiguió autorización para vitrificar China cuando Corea y la URSS no las empleó en Afganistán. Y es tremendamente dudoso que un líder tan firme como Margaret Thatcher las hubiera utilizado en su

mas nucleares. Argentina no dudó, como tampoco tembló Sadam Hussein, ni los chechenos frente a Rusia. Y si bien lo primero resultaba preocupante, esto lo es mucho más, ya que apunta a la inutilidad de las armas nucleares para garantizar la paz.

El mundo estratégico nacido de 1945 ha estado obsesionado por el conflicto Este/Oeste, despreciando, paradójicamente, las guerras más probables. Y en buena medida gracias a la fascinación nuclear y a toda la teología que ha rodeado a dichas armas.

VULNERABILIDAD NUCLEAR

La clave del éxito de la disuasión estribaba, según las teorías comúnmente aceptadas, en la vulnerabilidad

presidente Reagan de una manera cinematográfica de la mano de su "Guerra de las Galaxias", pero no ha acabado en puerto alguno.

Pues bien, hoy sabemos que hay gente que prefiere la guerra a una paz que consideran innoble y que la vida no se valora igual por doquier. Es más, también sabemos que la fijación tecnológica -pensar que las máquinas nos van a dar la solución a nuestros problemas- es mera quimera, pues al

escudo se le acaba por enfrentar una mejor espada (o si se prefiere, ninguna defensa antimisiles balísticos, por táctica y móvil que sea, puede garantizar contra otro tipo de ataques mucho menos sofisticados).

De estar tan convencidos de que las armas nucleares pueden extender una cultura político-estratégica común, no estaríamos preocupados por la proliferación nuclear hoy en día. A más armas, mayor estabilidad, al fin y al ca-

bo. Pero sabemos que no es así.

En el 50 aniversario de las primeras bombas -que sí fueron construidas para ser utilizadas, no para disuadir- es una pena que sólo unos pocos países se den cuenta de que no siempre esas armas han sido tan beneficiosas y relevantes. El dilema nuclear, abierto desde 1945, es que muchos otros pueblos, gracias a nuestra adicción nuclear, todavía no lo saben ■

Efemérides aeronáuticas

JULIO.- El día 8 de este mes del año 1876 se empleó el globo en guerra, por primera vez en Hispanoamérica, durante la guerra que mantenía la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay) con Paraguay.

Con atmósfera clara realizaron una ascensión cautiva los brasileños, frente al fortín paraguayo de Curupaití. El globo se elevó en Potrero Piris, campamento de la 2ª División brasileña, y fue trasladado en un recorrido paralelo a la línea de trincheras de vanguardia, reconociendo además el fuerte Curuzú, Itai y las posiciones de la escuadra en el río Paraguay, hasta el campamento argentino.

Los aeronautas, que alcanzaron la altura de 1.000 metros, fueron el norteamericano James S. Allen y el capitán de E.M. brasileño Francisco César de Silva Amaral.



AGOSTO.- El día 6 de este mes del año 1921, se arrojaron por primera vez, desde el aire, barras de hielo para facilitar agua a tropas sitiadas.

Fue en la zona occidental de Marruecos, en los días de la retirada de Annual, para abastecer a las tropas del general Navarro, cercadas en Monte Arruit.

El hielo iba en barras de 12 Kg. envueltas en arpillera, y el primer abastecimiento lo realizó toda la escuadrilla De Havilland DH-4 «Rolls», desde el aeródromo improvisado en la Hípica de Melilla, siendo el tripulante del avión del capitán Sáenz de Buruaga, jefe de la escuadrilla, el general Sanjurjo.

Todos los aviones resultaron alcanzados por el fuego enemigo.

Larus Barbatu